



Noticias

Antes que llegue el lunes

Mayra Montero

17 Abril 2011

Búster

El más grande destape en Puerto Rico sobre la extensión del crimen; las tácticas con las que va infiltrando sectores influyentes de la sociedad, y el modo en que se fortalece ese universo paralelo, con sus códigos y su inconmensurable poder, lo ha provocado el juicio contra el narcotraficante Angelo Millones, a quien también llaman El Búster.

Las lecciones que deja el proceso son numerosas. Pero noto una especie de vergüenza colectiva; una necesidad de que no salga a relucir más nada y el asunto vuelva a enterrarse rápido. Error craso, porque esto es bueno ventilarlo mucho y debatirlo más.

Decía el escritor colombiano Gustavo Alvarez Gardeazábal, que «el narcotráfico es una revolución cultural». Pues sí, hay algo de eso. Se está imponiendo una estética, una manera de razonar la vida y separar las cosas, que a la larga sólo consigue validar a criminales despiadados. Pero este asunto hay que ponerlo en blanco y negro, decirlo claramente, y que en el futuro nadie pueda esgrimir la excusa de que no lo sabía.

Existen cientos de artículos, ensayos, incluso libros, que exploran la manera en que el crimen organizado busca el reconocimiento social; es más, es un asunto de supervivencia para ellos. Precisan siempre de unos canales de intercambio que les permitan respirar, sacar la narizota del agua como los hipopótamos y «lavar» sus ganancias, que de lo contrario se les pudrirían en las manos. Leí una vez la reflexión de un sociólogo, mexicano según creo recordar, quien comentaba la necesidad de aislar a esta gente: en los vecindarios, en las actividades deportivas, en cualquier tipo de iniciativa social con la que intenten abrirse paso; o sea, vivir su fantasía de legalidad, algo que tantas veces logran.

El 27 de diciembre de 2008, los medios de comunicación del País daban cuenta del «grandioso» espectáculo que iba a celebrarse en el residencial José Celso Barbosa, «gracias a la generosidad de un amigo del sector, cuya identidad se desconoce». Vamos a ver: qué amigo paga a un grupo de artistas --ninguno de los cuales mueve un dedo por menos de 15, 20 o hasta 30 mil dólares--, y además contrata una tarima que, según la reseña periodística, estaba «a la altura de cualquier puesta escénica en un coliseo».

Si nos vamos a chupar el dedo, por lo menos hagámoslo con suspicacia. En los predios del Residencial, en vísperas del fiestón, un reportero entrevistó a un teniente de la Policía, un tal Rodríguez, que

observaba los preparativos. Este teniente dijo: «Nosotros nos enteramos de esto (de la fiesta) a última hora y estaremos velando por la seguridad de los que asistan».

Para arrastrarse de la risa. Velaron por la seguridad del Búster y de la pandilla de criminales que disfrutaron el concierto en un área VIP.

De modo que aquí hay una lección importante: cuando un amigo generoso, cuya identidad se desconoce, se gasta medio millón de dólares en regalarle una fiesta al barrio, a la urbanización o al residencial, el narcotráfico está de por medio. No puede venir este teniente y decir que va a velar por la seguridad de los asistentes. No es por decepcionarlo, pero yo creo que esa noche no había sitio más seguro en todo Puerto Rico que el residencial Barbosa.

Otra cosa. Otra lección. ¿No está feo pagar a los artistas, técnicos y organizadores \$10 o \$20 mil en billetes de a \$5, apurruñados billetes sucios de andar en manos de los adictos de la calle, hurtados de los bolsillos de los viejitos, mendigados en los semáforos, pringados de sabrá Dios cuánta porquería? Recibir un pago en efectivo no es delito, ya se sabe que el delito es no declararlo al fisco. Pero es que no se trata de eso, somos grandes y ya sabemos donde está la podredumbre.

No tiene sentido lamentarse y rasgarse las vestiduras cuando asesinan a un inocente en una balacera, y por la noche subirse al escenario donde se pavonea un tipo grosero, malencarado, sin profesión ni oficio, que todo el mundo sabe que es un asesino con veinte guerras activas en la calle.

He estado leyendo las incidencias del juicio a Ángelo Millones. La avaricia de la gente que aceptaba dinero de los criminales a cambio de prestar su nombre y su historial de crédito para que los sicarios pudieran acceder a carros nuevecitos. Por supuesto, la máquina del Búster no entraba en el chanchullo, un Lamborghini Murciélagos que estaba más allá del bien y el mal. Eso no quiere decir que renunciara a sus raíces. De niño, Ángelo limpiaba los carros de los traficantes, así templó el carácter. Por eso no le daba complejo bajarse del Murciélagos y subirse a una yola, su medio de transporte para ir y venir de la Dominicana.

La inocencia termina aquí. El que va y le ríe las gracias al tipo que ha sustituido a Angelo (hace rato lo sustituyeron), sabe perfectamente lo que hace. El que acuda a la próxima fiesta de Navidad y no averigüe quién es el «amigo secreto» que lo paga todo, que luego no se queje de que el País acumula mil muertos al año. Está en su derecho de dejarse contratar por criminales. Y en su derecho de llamar a la tarima al narcotraficante y abrazarlo para cantar a dúo. Eso no es delito. Es una manera de chapotear, una extraña forma de sonreír.

En cuanto al teniente de la Policía que tanto se esforzó por la seguridad de aquella fiesta, nadie le diga nada. ¿Para qué darle ese disgusto?